

FILOSOFÍA

Hobbes, Nietzsche y Zubiri

Conversación probable en un encuentro imposible

los diarios o sobre cualquier otro asunto—resulta inferior al que se limita a hacer literatura, con frecuencia espléndida literatura, como ocurre con los intermedios líricos o aforísticos que separan los fragmentos más narrativos de sus diarios.

Al lector de *Miseria y compañía* le sorprende encontrarse con una curiosa innovación tipográfica: «Tendría que estar prohibido ponerles a las calles el nombre de militares, de alcaldes, de aristócratas, de polític*s, de reyes y reinas, de obispos y de escritor*s». En la solapa del volumen el autor la explica así: «L*s lectores de este libro hallarán también aquí esta estrella o asterisco manipulado, que hemos dado en considerar nueva vocal o vocal doble, tras haber descartado por diferentes razones el empleo de sucedáneos y equívocos, como la arroba o la xuá. El autor, tipógrafo aficionado, considera que el uso de un lenguaje inclusivo no es ocioso ni mucho menos nocivo para la literatura escrita ni para la literatura en general. El hecho de que esta * sirva para lo escrito y no para lo hablado, no quiere decir sino que se contenta con ser leída, lo que no es poco trecho, en un camino tan largo aún». ¿Y cómo puede «ser leída» esa «estrella o asterisco manipulado»? le preguntáramos al autor de pronto converso al feminismo lingüístico. ¿«Ele», «estrella», «ese» lectores de este libro? ¿De «politic», «estrella», «ese»?

El asterisco que propone Trapiello no es una «nueva vocal» o «vocal doble», sino una manera gráfica de representar a la vez dos vocales, la «o» y la «a», o la «e» y la «i», cuando sirven para diferenciar masculino y femenino, pero la pronunciación no puede ser simultánea, por lo que de poco vale esa pintoresca abreviatura. Si rechazamos utilizar el masculino como género no marcado (que incluya al masculino y al femenino), podemos hacer lo que siempre se ha hecho cuando nos dirigimos a un auditorio mixto: decir «señoras y señores» (y no sólo «señores», que gramaticalmente —pero no socialmente— sería igualmente correcto).

Recuento del año 2004, con su brutal atentado y sus elecciones y su boda principesca, crónica familiar y cuaderno de ejercicios de un escritor capaz de los más hondos lirismos, pero que no desdena las trapacerías de la literatura comercial ni los enredos de los premios literarios, *Miseria y compañía* no defraudará ni a los partidarios ni a los detractores de Trapiello, cada vez más numerosos los primeros y no enteramente inmerecidos los segundos.



La vida y el arte
MICHAEL HAMBURGER
TRADUCCIÓN: MATÍAS SERRA BRADFORD
Lumen, 170 páginas

y otro nacen) lo es todo. Y el resultado no es sino una suma de registros en la que, como dice Serra Bradford, Hamburger demuestra que «tenía vocación de testigo prematuro». Un testigo que no desdena el gesto alegórico cuando, saltándose su máxima, decide imponer un sentido al poema y utilizarlo como vehículo de ideas. Así ocurre en el magnífico «Un jardineo explica su ausencia del concurso de flores», o en las dos apariciones de su álter ego, el señor Aguafeitas, en sendos poemas donde el uso paródico de la rima, necesario pero molesto, puede ser visto como la incursión de un reodador en un jardín silvestre.



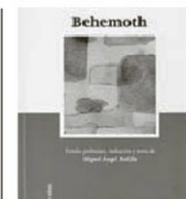
SILVERIO SÁNCHEZ
CORREDERA

Un autor reeditado es un creador que pervive. Recientemente hemos visto aparecer el *Behemoth* de Hobbes, los *Escritos filológicos* de Nietzsche y *El hombre y Dios* de Zubiri. Tres pensadores que se reencuentran en las librerías, obligados a verse las caras, de buen o mal talante.

Un pensador que busca las claves de los turbulentos acontecimientos políticos entre 1640 y 1660 en Inglaterra, después de haber quedado aterrado por aquella anarquía. Un profesor de Lenguas Clásicas, enamorado de la antigüedad griega, pero decepcionado de su tiempo y de su cultura, que quiere descubrir tras la literatura y la filosofía griegas las claves para transmutar los caducos valores judeocristianos en una nueva antropología. Un ex sacerdote que dedica su vida a pensar la esencia del hombre y de Dios y a descubrir la ligazón indestructible entre ambos.

De qué podría hablar Zubiri con Nietzsche, si para éste «el culto religioso es un modo de imponer una ley a la naturaleza». Si acaso, Zubiri se entendería mucho mejor con Eugenio Trías, que anda también próximo en el mismo anaquel, si se propusieran ver en qué coincide la «religación» de uno con el «límite» del otro. Pero como el catalán no está hoy invitado, quizás el donostiarra podría explicarle a Nietzsche que su forma de creer está mucho más próxima del ateísmo que las demás, pero que no da ese paso porque no lo ve posible. Y si, de repente, Thomas pusiera el oído interesado en eso del ateísmo y se acercara a ambos, dando un conivente codazo a Friedrich, quizá podría oír cómo Xavier se esforzaría por hacerle ver que su «metafísica» puede conciliarse con un «materialismo» bien entendido.

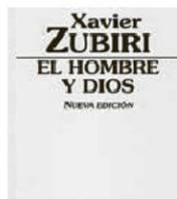
El inglés y el alemán mirarían al español con extrañeza y se alejarían charlando sobre cómo se elaboran las falsas creencias y las formas de falsa conciencia. Ambos convendrían en que la teología es un instrumento de la política (para el hijo del párroco anglicano) o, como preferiría decir el hijo del pastor protestante, que el culto adquiere sentido como procedimiento político; pero, muy



Behemoth
THOMAS HOBBS
Editorial Tecnos, Madrid, 2013.
268 páginas



Obras completas, II. Escritos filológicos
FRIEDRICH NIETZSCHE
Editorial Tecnos, Madrid, 2013.
1.033 páginas



El hombre y Dios
XAVIER ZUBIRI
Alianza Editorial, Madrid, 2012.
625 páginas

temperamentales, empezaría muy pronto a discutir al descubrir que Thomas arrugaría el gesto al oír decir a Friedrich que la religión brota de la misma fuente que el arte.

Así que Nietzsche abandonando al materialista mecanicista se volvería hacia Zubiri, al descubrir la inclinación de éste por las lenguas muertas, y empezaría una animada charla filológica. Y el donostiarra bien rasurado aguzaría su fino oído al escuchar al del tremendo bigote que lo grandioso de la civilización griega estribó en que los hombres supieron dotarse a sí mismos de valores que estaban reservados para los dioses. Claro, le respondería: «El hombre es una manera finita de ser Dios», con lo que Friedrich pondría, él ahora, una cara contrariada, momento que aprovecharía Hobbes para ganarse a Xavier y vengarse de aquel arrogante ateo.

El inglés y el español comenzarían una animada revisión de sus sistemas, coincidiendo en que son tres las realidades que interesan: el hombre («de homine»), las cosas («de corpore») y una tercera que damos por sobrentendida (y mientras Thomas pensaría en el Estado, Xavier evidentemente pondría en ese lugar a Dios). Y cuando ambos se hubieran intercambiado mutuamente el *De homine* (1658) y el *Sobre el hombre* (1986), sólo distantes en tres siglos, irrumpiría, a no dudarlo, Nietzsche, aprovechando estos puntos de coincidencia, y regalaría a Zubiri su *Ecce homo* (su «cómo se llega a ser lo que se es»), ya que acaba de leer que Xavier de-

fiende que «el hombre es una realidad que tiene que ir haciéndose» y que ninguno puede librarse de experimentar a Dios como un problema, por lo que le opondría su autobiografía (su *Ecce homo*) para que tomara nota de que Dios es una respuesta burda y que él da el ateísmo instintivamente por supuesto.

Y después Nietzsche le arrojaría a Hobbes, a la cara, malhumorado, su *Humano, demasiado humano*, indicándole que leyera su capítulo octavo (una ojeadita sobre el Estado).

Y mientras en los anaqueles discuten los tres filósofos, en una librería cualquiera tres pacíficos lectores, ignorantes los unos de los otros, van tomando, uno, el *Behemoth*, otro los *Escritos filológicos* y un tercero *El hombre y Dios*, porque cada cual quiere resolver mejor su propia duda: cómo nace en la modernidad la justificación del poder absoluto, cómo nace en la antigüedad la civilización en la que estamos y cómo es que Dios es un problema necesario para el hombre.

Aunque, atención, una cuarta persona entra y se lleva los tres libros: es una adicta a la buena literatura de ensayo, por pura fruición, y está quizá también un poco intrigada por el cotejo que se hace de distintos textos paralelos de Zubiri, o quizás ha oído que el estudio preliminar que acompaña a la obra hobbesiana merece la pena o, pudiera ser, que estuviera fascinado con la esmerada edición de estas obras completas de Nietzsche. Es un lector, con toda seguridad, que tiene la suerte de no estar en el paro.

Filósofos judíos

Testigos del futuro, una indagación sobre alma e intelecto



RAMÓN PUNSET

Pierre Bouretz, filósofo francés que dirige la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y es especialista en filosofía alemana y en mesianismo, nos ofrece en *Testigos del futuro. Filosofía y mesianismo* (Trotta, 1.021 páginas) un monumental estudio sobre un conjunto de autores judíos de primerísima categoría: Hermann Cohen, Franz Rosenzweig, Walter Benjamin, Gershom Scholem, Martin Buber, Ernst Bloch, Leo Strauss, Hans Jonas y Emmanuel Lévinas. Menos éste último, lituano integrado en la cultura francesa, todos pertenecen de una manera especial a la cultura germánica. Muy diferentes entre sí, lo que les une es la introducción de la tradición mesiánica judía en el pensamiento filosófico.

Nacidos en la segunda mitad del siglo XIX, estos filósofos llegaron al mundo en la época

de su desencantamiento, de la «muerte de Dios» y de la destrucción de la razón, pero, escribe Bouretz, salvaron con su metafísica el idealismo alemán (reflotando, pues, su propia tradición, observa Reyes Mate). Fueron pensadores de los «tiempos sombríos», pero también «testigos del futuro» gracias a la idea mesiánica que transmiten sus obras. Porque fue el anuncio de una inminente era mesiánica lo que iluminó la vida judía en Europa entre los estrechos muros del gueto, lo que reanimó la esperanza en las horas de tentación del suicidio y aquello que «hizo entrever una libertad que podía cruzarse con los imaginarios modernos de la revolución».

Así, en Walter Benjamin vibra la espera de un «mesías del fin de los tiempos» que provoque una interrupción apocalíptica de la historia, alguien capaz de dar esperanza a los desesperados al superar la aporía en que se pierde el marxismo entre una dialéctica de la naturaleza y la revolución. Por su parte, Leo



Testigos del futuro. Filosofía y mesianismo
PIERRE BOURETZ
Trotta, 2013, 1.021 páginas

Strauss se pregunta cómo abordar lo que constituye el nervio de la aventura espiritual de Occidente, esto es, «el conflicto entre las nociones bíblicas y filosóficas de la vida buena».

De tales aventuras del espíritu, que en estos pensadores es alma e intelecto, trata el sugerente libro de Pierre Bouretz.